

Proyecto
Habitar

Textos

Carla Rodríguez

Universidad, clase y políticas
populares de hábitat en el
contexto de la ciudad neoliberal.

Raúl Fernández Wagner

Lo transdisciplinar y la formación
universitaria en el hábitat
popular.

Paula Boldrini

La Producción del Hábitat en
Contextos de Desigualdad

HABITAR EN

CONTEXTO DE

DESIGUALDAD



Facultad de
Arquitectura,
Diseño y Urbanismo



Habitar en contextos de desigualdad / María Carla Rodríguez ; Boldrini Paula ; Raúl Fernández Wagner ; contribuciones de Brandolini Laura ... [et al.] ; compilado por Eugenia Jaime ... [et al.] ; prólogo de Julian Raul Salvarredy. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Proyecto Habitar, 2016.

80 p. ; 21 x 29 cm. - (Proyecto, participación y habitar en contextos de desigualdad / Eugenia Jaime; 1)

ISBN 978-987-28434-4-1

1. Hábitat Urbano. 2. Arquitectura . 3. Urbanismo. I. Laura, Brandolini, colab. II. Jaime, Eugenia, comp. III. Salvarredy, Julian Raul, prolog. IV. Título.

CDD 711

Compiladores:

Eugenia Jaime
Clara Mansueto
Verónica Rodríguez
Julián Salvarredy
En Proyecto Habitar

Colaboradores:

Laura Brandolini
Miguel Caamaño
Andrea Potenze

Autores de Textos:

Paula Boldrini
Carla Rodríguez
Raúl Fernández Wagner

Diseño Gráfico:

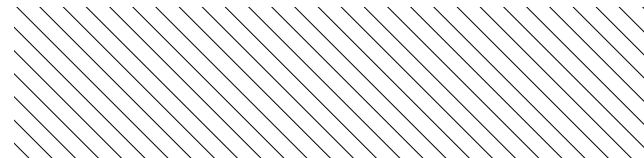
Adrián Acosta
Marcelo Vera

Edición final de textos:

Andrea Potenze

UNA CONVERSACIÓN ABIERTA

Presentación



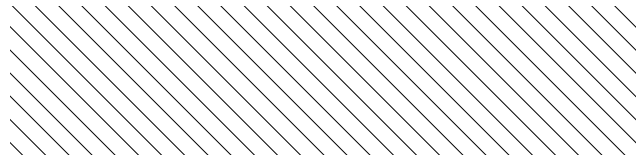
Tras cinco años de intenso trabajo en el ámbito de la formación universitaria y la práctica profesional en los territorios de producción social del hábitat más vulnerables, y habiendo ya publicado algunos cuadernos de trabajo con intenciones de compartir los debates, aprendizajes y dudas al respecto, hemos decidido publicar esta recopilación de conversaciones que tienen por objeto volver a abrir el juego.

Desde Proyecto Habitar queremos compartir una nueva publicación titulada “Habitar en contextos de desigualdad”. La misma, presenta algunas de las exposiciones, realizadas por prestigiosos especialistas en el tema, en el marco del Seminario Anual “Proyecto, Participación y Habitar”, llevado adelante durante el año 2014. Se iniciaron una serie de reflexiones que se constituyeron en un punto de partida, que interroga el abordaje del hábitat urbano actual.

Entendemos fundamental abordar los conceptos teóricos desde nuestra experiencia cotidiana frente a la realidad. Que nos permita alcanzar a través de sucesivos procesos de reflexión y debate transdisciplinar un conocimiento integral; y actuar nuevamente desde nuestra especificidad con aportes significativos para el conjunto. Generando en este proceso, reflexiones en las que las disciplinas como el urbanismo y la arquitectura aporten sus particularidades.

La vocación transformadora que existe en estas disciplinas proyectuales exige indagar en el espacio urbano, las formas de la desigualdad y la gestión de la ciudad, si queremos dar respuestas a demandas urgentes y actuales.

La propuesta de esta publicación está orientada a los estudiantes de las disciplinas proyectuales, reconociéndolos como actores fundamentales en esta transformación. El modo en que imaginen su rol ante la sociedad permitirá una redefinición del contexto urbano que los determina y, por lo mismo, las posibilidades de transformarlo.



En este libro convergen tres estrategias de comunicación que esperamos lleguen al lector de la manera más franca posible. En una primera lectura se exponen los relatos de nuestros invitados: tres profesionales del hábitat que, con su extensa experiencia, ponen de manifiesto el desarrollo teórico que surge del estudio de la lucha diaria de miles de pobladores contra la injusticia social y espacial.

En una segunda lectura, proponemos transitar la imagen y realizar un recorrido visual sobre una propuesta gráfica que busca comunicar lo que las palabras no pueden describir. Se rescatan algunos conceptos para mirar a través de ellos, trascender su blindaje, para poder abordar la frialdad con la que muchas veces la teoría nos muestra la realidad, y la hace tan distante.

Por último, el libro guarda un espacio donde hemos dejado algunos documentos que nos parecen de mucho valor para desarmar lo dado. Este libro es entonces una propuesta para mirar qué hacemos, una invitación a todos aquellos que quieran indagar en un modo de aprehender la realidad: procesual, dinámico y participativo.

Desde Proyecto Habitar esperamos que este libro sea un objeto valioso para la experiencia cotidiana de pensar el espacio, donde su consulta, lectura y relectura sea una conversación abierta a la incorporación de nuevas voces.

Proyecto Habitar



Agradecimientos

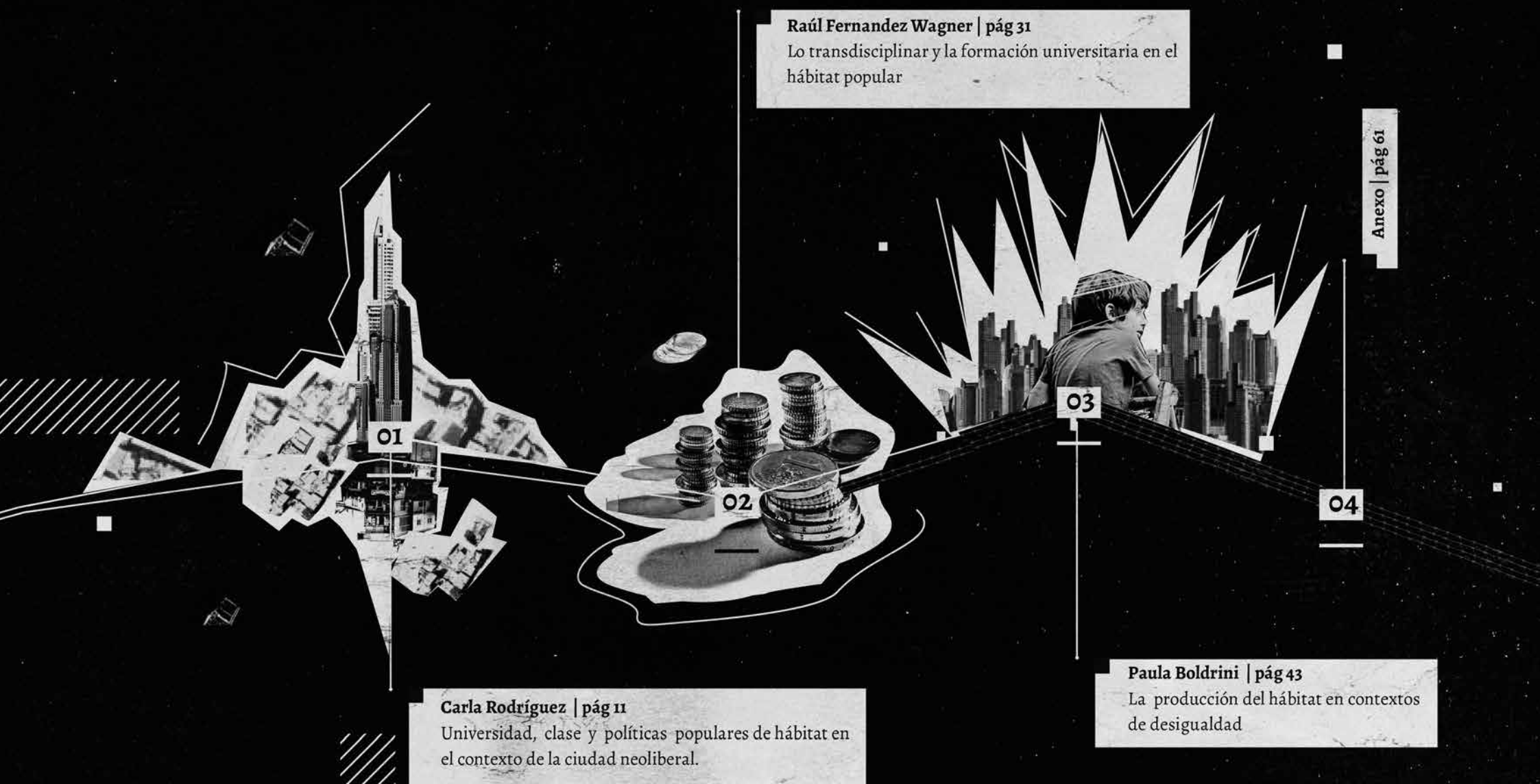
Agradecemos a todos los profesionales y especialistas del hábitat que muy gentilmente accedieron a formar parte, tanto del seminario anual “Proyecto, Participación y Habitar”, como de los debates y reflexiones surgidos del mismo.

Boldrini, Paula | Calabrese, Julieta | Enet, Mariana | Fernández Castro, Javier | Jauregui, Jorge | Levenzon, Fernanda | Quiroga, Ana | Rabinovich, Adriana | Reese, Eduardo | Rodríguez, Ma. Carla | Rovira, Elsa | Wagner Fernández, Raúl |

Gracias muy especialmente a Carla, Raúl y Paula que nos acompañaron en la revisión del primer grupo de textos para que hoy puedan formar parte de este libro.

ÍNDICE

Anexo | pág 08



Raúl Fernandez Wagner | pág 31

Lo transdisciplinar y la formación universitaria en el hábitat popular

01

Carla Rodríguez | pág 11

Universidad, clase y políticas populares de hábitat en el contexto de la ciudad neoliberal.

02

03

Paula Boldrini | pág 43

La producción del hábitat en contextos de desigualdad

04

Anexo | pág 61

Paula
Boldrini

Habitar en
Contextos de
Desigualdad

texto

03

LA PRODUCCIÓN DEL HÁBITAT EN CONTEXTOS DE DESIGUALDAD

<p>PAULA BOLDRINI Es arquitecta, Magíster en Psicología Social y Doctora en Ciencias Sociales. Como becaria e investigadora de CONICET, ha estudiado y participado activamente en procesos participativos y políticas de producción del hábitat popular, rural y urbano. Perteneció al ISES-CONICET (Instituto Superior de Estudios Sociales del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). En el marco de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de Tucumán se desarrolla en el CETyHAP (Centro de Estudios sobre Territorio y Hábitat Popular) y como docente en el Instituto de Planeamiento Urbano.</p> <p>Fundó e integró durante más de diez años el grupo Tierrha (Trabajo por la integración de un Espacio de Resistencia y Reconstrucción del Hábitat), acompañando procesos participativos para el fortalecimiento comunitario, con organizaciones barriales y campesinas en Tucumán, esto último a través del CERPACU (Instituto de Rescate y Revalorización del Patrimonio Cultural) de la Facultad de Filosofía y Letras, UNT.</p>				<p>oy traigo para compartir una reelaboración de experiencias concretas, investigadas metódicamente con el objetivo de profundizar en la comprensión de la realidad y mejorar nuestras prácticas en el territorio. Es una suerte de microcirugía de la participación, buscando reconocer cuáles son, desde mi óptica, los aspectos que necesitamos tener en cuenta para desarrollar un proceso participativo de la forma más plena posible. Esto no invalida procesos que carezcan de algunos de los elementos que aquí expondré, sino que es una aspiración para la participación plena en procesos colectivos de producción del hábitat.</p> <p><u>Qué significa participar en el marco de un país dependiente</u></p> <p>Una primera cuestión a tener en cuenta sería preguntarnos: ¿Qué significa participar en un país dependiente? Y, en segundo lugar, considerar ciertos aspectos claves para comprender y llevar adelante procesos participativos de mejora del hábitat.</p> <p>Argentina y Latinoamérica, en general, son contextos desfavorables para desarrollar procesos participativos. Entendiendo que los países latinoamericanos no son subdesarrollados, sino dependientes, lo cual implica en una macro escala que hay alguien que está limitado por la acción de otro para desarrollarse de manera plena. Un proceso participativo a escala</p>

local, pone en riesgo el poder de los grupos dominantes desde las bases. Es por eso que resulta fundamental considerar de qué manera desde la macro hasta la micro escala, se ejecutan una serie de mecanismos que obstaculizan e impiden que esos procesos de participación se desarrollen, la mayoría de las veces de manera naturalizada e institucionalizada.

De esta forma la idea que propongo para nuestro encuentro de hoy es desnaturalizar eso a lo que estamos acostumbrados. Y para eso es preciso definir: ¿Qué es para nosotros la participación? En primer lugar, implica la asunción del poder necesario para tomar decisiones sobre todos los aspectos vinculados –en este caso– a la producción del hábitat. Aspectos estructurales y no meramente complementarios, laterales o tangenciales. Eso va a significar, en este contexto de dominación del que hablábamos, la ruptura de relaciones asimétricas. Como señalaba, en el macro contexto de dependencia, significa que las relaciones que se imponen son de dominio y subordinación. Por lo tanto, para participar es necesario romper este tipo de relación. Esto implica la asunción de poder mediante el manejo de los recursos tanto materiales como inmateriales. Conlleva a tener, desde los materiales para poder construir lo que diseñamos participativamente, hasta profesionales preparados y bien remunerados, entre otros múltiples aspectos que vamos a desarrollar. Implica, consecuentemente, cambios

de fondo que van desde la ruptura del recurso material como elemento de coerción (te doy bajo mis condiciones), hasta el profundo cambio epistemológico que representa para los profesionales dejar de ser intermediarios de estas políticas coercitivas, para ser facilitadores y parte integrante del proceso de participación. En definitiva, dejar de responder a los intereses de los ahora dominantes para responder a aquellos que pretenden salir de la situación de subordinación.

La construcción de un nuevo paradigma emancipador

En el marco de las políticas públicas lo que actualmente predomina (y esto no significa que no existan algunas otras lógicas que estén en lucha, incluso desde el interior del propio gobierno), es la continuidad de políticas de tutelaje, de disciplinamiento, que orientan las prácticas cotidianas de las personas a procesos que cimientan la dominación, alienando su subjetividad e iniciativas colectivas. Por ejemplo, cuando nosotros decidimos hacer las casas exactamente iguales y obligamos a una masa incontable de personas a vivir de la misma manera a lo largo de la ya larga historia de políticas públicas vivendistas, estamos cristalizando relaciones de dominio y subordinación a través de mecanismos como la universalización de lo particular, la eternización de lo histórico y la naturalización de lo social. Como sostiene Grüner (1991), la ideología no es solo dominación política sino dirección ideológico–

cultural: es control e imposición no forzada para crear consenso.

En estos procesos locales hay alguien que impone a otro/s el modo en el que deben vivir, homogeneizando aquello que es diferente, desechando la valiosa oportunidad de desplegar procesos creativos de producción del hábitat a escala familiar, anteponiendo excusas y/o limitaciones de orden económico e institucional para justificar decisiones que son, en esencia, políticas. Esta homogeneización, que nada tiene que ver con la igualdad, es utilizada como herramienta del Estado para el control social, que termina por corromper su posible rol democrático. En todas las escalas encontramos patrones políticos y estratégicos para sostener el modelo dominante de producción del hábitat; en procesos globales se sirven por ejemplo del papel protagónico que vienen acuñando las ciudades, priorizando intereses exógenos de los grupos de poder, convenciéndonos, por ejemplo, de que el turismo es una estrategia económica efectiva para cualquiera, en lugar de motorizar colectivamente la resolución de las necesidades populares de acuerdo a las particularidades de cada lugar.

En este contexto, la “participación” se incorpora como paradigma – y condición – en gran parte de los organismos públicos y de financiamiento; pero de forma tergiversada y vaciando, la mayoría de las veces, reivindicaciones históricas de los sectores populares e

<p>intelectuales comprometidos con los primeros. Y digo vaciando no porque esté mal convertirlo en condición, sino porque resulta destructivo enarbolarlo sin instrumentar los mecanismos y recursos necesarios para su pleno y efectivo ejercicio.</p> <p>Son numerosos los autores en Latinoamérica y particularmente en diferentes experiencias de campo en Tucumán, que concluyeron que la participación que se desarrolló en la mayoría de estos casos, no en todos, fue de manera fundamentalmente artificial; en tanto buscaron cumplir con los requisitos de los organismos financieros, sin un interés real en asumir una práctica transformadora, resultado de lo cual en la práctica se incumple de forma consciente o inconsciente con el espíritu escrito de los programas. Por ello, se trata de un cambio meramente formal en el que se sostiene, mediante nuevos mecanismos, esa frontera jerárquica entre el técnico y la comunidad. Sobre esta problemática se plantean una serie de obstáculos a los que me voy a referir a continuación. Algunos de ustedes ya los habrán conocido, o ya los conocerán, y a mi criterio son profundamente esclarecedores:</p> <p><u>Algunos obstáculos en los procesos participativos...</u></p> <p>La falta de formación</p> <p>En primer lugar, me gustaría tratar la falta de formación</p>	<p>específica por parte del profesional a la hora de desarrollar un proceso participativo. Con frecuencia se piensa: "...bueno, yo tengo la voluntad, realmente quiero que las personas participen en este proceso"; pero el voluntarismo no es suficiente ni conlleva la capacitación necesaria para acompañar un proceso de estas características.</p> <p>Incluso parte de la carencia de esa formación es no saber que un proceso participativo requiere una formación específica. Así, frente a un trabajo, se recurre de manera superficialmente adaptada y acrítica, a repetir lo que en la Universidad nos ha enseñado; implementando recursos como, por ejemplo, la generalización de situaciones. Entonces, la carencia histórica de la academia en la realización de trabajos en la comunidad (aunque ahora en las currículas se estén incorporando algunos aspectos valiosos) repercute de manera directa al momento de enfrentar este desafío por parte de los profesionales: a) en la manera sesgada de ver el mundo y b) en lo desprovisto que está el profesional al momento de revisar su valija de herramientas participativas sin acudir a recursos remachados. Por tanto, usualmente se suponen necesidades de personas que no se conocen y luego se elucubran respuestas que pensamos adecuadas sin ninguna</p>	<p>base material consistente. Por lo tanto, como enumera de manera ordenada Picas Contreras (2001), lo que hacemos es un uso de criterios definidos "a priori". De este modo, imponemos concepciones, por más básicas que parezcan. Uno puede decir: "...alguien que está en situación de pobreza seguro no tiene las condiciones de formalidad, carece de servicios... Seguro necesita el contrapiso para la casa, seguro..." Sí, seguro que hay una cantidad inmensa de necesidades que nosotros podemos prever antes de hablar con el sujeto de la necesidad. Sin embargo, no conocemos cuál es la prioridad para ellos, es decir, ¿Qué es lo primero que ellos desarrollarían? ¿De qué manera lo resolverían? Si obviamos al sujeto desde el inicio, lo que estamos naturalizando son relaciones de paternalismo, tal como viene sucediendo de manera tradicional.</p> <p>Asimismo, David Harvey plantea que un problema del modelo dominante es que son pocos los que desarrollan el proceso de imaginación y diseño. A la gran masa de población le es negado el juego pleno de la creatividad humana y esto, sostenido a lo largo del tiempo, genera una situación profundamente alienante. Es en esa situación de alienación, enmarcada en las condiciones de pobreza estructural en el que están sumergidos nuestros sectores populares, el contexto de</p>

desigualdad en el que nos toca trabajar.

Por último, la cuestión de la dependencia de los fondos públicos, es una lógica que instala la posibilidad de coerción desde los organismos públicos a la hora de vincularnos con las comunidades y organizaciones sociales en general. Comúnmente los profesionales somos los intermediarios entre las políticas del Estado y las comunidades u organizaciones, asignándonos un rol de contralor de los intereses del Estado, que mediante el sostenimiento de estos obstáculos implementa y evidencia una carencia real de interés por resolver el problema.

La necesidad de sobrellevar la incertidumbre

La participación no tiene recetas. Lo que quiero poner en discusión aquí es el fruto de años de experiencia e investigación, pero de ninguna manera considero que exista una única manera de llevar adelante un proceso participativo. Es una propuesta con el fin de repensar y contribuir a la comprensión y el ejercicio de este tipo de procesos.

Un proceso participativo a escala local, pone en riesgo el poder de los grupos dominantes desde las bases.

Es por eso que un recurso clave es soportar la incertidumbre. Estamos acostumbrados a que llegado el momento de diseñar, resulta más sencillo hacerlo sin la otra persona interesada (percibida a veces como “obstáculo” en el proceso de diseño). Es mucho más fácil tomar decisiones por nuestra cuenta, llenando rápidamente el papel en blanco con una propuesta. No obstante, cuando se trabaja

participativamente, la clave es ir al territorio, saber esperar, saber cuándo actuar, y trascender la mera observación. Podemos prescindir de un plan detallado porque cada proceso de participación es distinto. Por eso contar con los lineamientos

generales sin mayores detalles nos permite crear actividades e incorporar lo que vamos descubriendo. Ello no significa un espontaneísmo ingenuo, significa ejercitar un gran sentido para captar la necesidad del otro, las condiciones organizativas del grupo con el que trabajamos, etc. Todo ello es indispensable para implementar las estrategias adecuadas.

Cuando comenzamos a comprender cuales son las condiciones concretas de esa sociedad en la cual pretendemos trabajar de manera localizada, y de esa comunidad o de esa organización en particular, estamos preparados para operar. Así podemos empezar a crear conjuntamente, en el ámbito de lo intangible, un proceso plenamente participativo. Para los arquitectos y arquitectas, sobrellevar la incertidumbre es parte de los aspectos inicialmente frustrantes de dedicarse a esto, y constituye parte de los desafíos, esfuerzos y logros que se encuentran en el plano de lo inmaterial; en contraposición al modelo de éxito exclusivamente material y formal que propone el modelo dominante.

Por lo tanto, resulta una gran tarea sobrellevar esa incertidumbre, entregarnos a la idea de que el diseño material viene incluso tiempo después. A veces implica posponer el acto de diseño del barrio y el resto de los detalles hasta que se establezcan ciertas condiciones que habiliten a que se desarrolle ese proyecto.

En esta instancia tendríamos que preguntarnos: ¿Qué tipo de vínculos vamos a construir con la comunidad? ¿Cómo, cuándo y dónde? Es decir, ¿Con qué mecanismos?, ¿Cuáles son los diferentes momentos a través a los que se podría desarrollar



transcender

level



un proceso de participación plena?, ¿Cuáles son los ámbitos donde se desarrollaría un buen proceso de participación?

La construcción de vínculos con la comunidad

Necesidades, objetivos y tareas

En relación a los vínculos, lo primero a tener en cuenta es que requiere compartir necesidades, objetivos y tareas con aquellos con los que vamos a desarrollar este proceso participativo de mejoramiento del hábitat.

Un funcionario público o un técnico que tiene como requisito implementar procesos participativos, cuyo único interés consiste en cobrar su salario y en el fondo no busca resolver el problema habitacional, difícilmente pueda establecer un vínculo con esa comunidad.

Un mito a superar implica comprender que establecer un vínculo con una persona no significa necesariamente ser “amigo” de la persona con la que voy a desarrollar el proceso participativo. De ninguna manera. Un vínculo significa saber quién es el otro y que el otro sepa quién soy yo en ese proceso particular que vamos a llevar adelante conjuntamente. Ser amigo de todos, no. No es eso lo que se plantea cuando se habla de construir un vínculo.

En relación a las necesidades, sabemos que son muchas. Pero hay algunas que son principales y algunas de esas son las que tienen que ser compartidas: no es mi casa -la del técnico- la que voy a resolver en el proceso de diseño participativo. Sin embargo, yo comparto la necesidad en la medida que me inquieta que a nadie le falte casa y comparto la necesidad de que las casas de la ciudad se construyan mediante un proceso participativo. Si la comunidad o la organización social comparten esas premisas, entonces estamos frente a necesidades compartidas y podemos establecer objetivos comunes que devendrán en tareas concretas.

Como decía al principio, esto siempre traerá aparejada la ruptura de relaciones asimétricas, y, por lo tanto, la construcción de relaciones dialógicas y la asunción y adjudicación de roles complementarios. Quiere decir que acá no hay jerarquías, sino roles complementarios. Eso no significa que el valor de la palabra del técnico no tenga un poco más de sentido en ciertos aspectos que le competen estrictamente. Y la comunidad cuando tiene que hablar de la necesidad específica, tenga un lugar particular. Tampoco implica renegar de roles de liderazgo u otros que surgirán en cada proceso, este tipo de roles son parte de la dinámica de los grupos y apropiadamente asumidos y

adjudicados, son los que vehiculizan el proceso colectivo. Pero siempre de manera complementaria. Son roles que no están uno por encima del otro. Es usual, y podría decir un recurso facilitador para el técnico, usar su conocimiento para desempatar alguna disputa de ideas en un momento conflictivo. Este es otro cuidado que podemos comenzar a trabajar internamente.

La disponibilidad y la disposición

La disponibilidad y la disposición también hacen al vínculo. Entendiendo por disponibilidad qué condiciones concretas tengo como técnico o como comunidad para desarrollar la tarea. Si nos ponemos en lugar del técnico, tanto desde el punto de vista intangible como tangible, en el primer caso, ¿cuenta el técnico con la formación suficiente para desarrollar la tarea? Pues si no es así será un mero espectador, incluso boicoteador a veces inconsciente.

En el segundo caso, ¿El técnico lo hace en su tiempo libre, o es remunerado por el Estado? Considero que deberíamos tener un trabajo digno, formal, bien retribuido, que posibilite desarrollar proyectos de esta envergadura. Y, al mismo tiempo, deberíamos contar con los recursos necesarios para que, en la medida en que se van elaborando las propuestas, podamos ir

ejecutándolas, construyéndolas si fuera preciso, y no que sea una lucha materializar las ideas cada vez que el proceso de participación define algo. Por lo tanto, la disponibilidad resulta

clave en la construcción de los vínculos, ya que puede generar pausas y debilitar los vínculos en la medida en que no se puede ejecutar lo que se planea.

Ambos aspectos de la disponibilidad representan una herramienta con la que juegan los que –de manera planificada– se oponen al desarrollo de

los procesos participativos. Promover y sostener profesionales sin formación adecuada garantiza los intereses de quienes se benefician con la continuidad de procesos unidireccionados. Asimismo, cuando estos sectores no logran frenar el proceso de diseño colectivo, pues entonces la estrategia será que no se materialice el proyecto, apelando a que en la memoria colectiva se imprima como una experiencia frustrada.

Por su parte, la disposición resulta esencial: pueden existir técnicos a los que se les pague la jornada completa para estar

en los barrios y que de todas maneras no tengan la disposición necesaria para establecer un contacto real con la comunidad. Esto también se debería combatir en las aulas, y en el plano de las ideas y la política, por supuesto.

Tanto disponibilidad como disposición tienen una estrecha relación con los obstáculos de carácter epistemológico y epistemofílico que desarrollaré a continuación.

Obstáculos epistemológicos y epistemofílicos

Si bien estos obstáculos se relacionan con la temática anteriormente planteada, son problemáticas diferentes. Así, los recursos epistemológicos con los que el profesional debe contar son aquellos de dominio conceptual y metodológico. Se deben conocer algunas cuestiones claves de la pobreza, de la ciudad, conceptos que nos permitan intervenir en el campo socio-espacial concreto con más herramientas que la percepción superficial, en base a una realidad factible de conectar con lo conceptual.

Por recursos epistemofílicos nos referimos al orden de

los afectos, de las emociones, que muchas veces traban los procesos participativos: si no entendemos lo que está pasando en el territorio, si no tengo herramientas conceptuales y métodos apropiados, voy al barrio o al campo y me frustro rápidamente. Me justifico diciendo: “La gente no quiere participar”, o: “...estoy disponiendo todo mi tiempo libre aquí para hacer esto y las personas siguen con su vida, me cuestionan, no me agradecen estar acá”. Al respecto resta reflexionar: ¿Qué estaré pidiendo que hagan? ¿Formará parte de sus intereses prioritarios? (únicos capaces de garantizar el inicio de un proceso colectivo participativo) ¿Qué es lo que estará pasando y no estoy descifrando? En la medida en la que voy a la práctica concreta con las comunidades, construyo una base conceptual y metodológica significativa, comprendo y voy pudiendo afrontar con mejores condiciones este tipo de obstáculos del orden emocional, cuando voy a la práctica concreta con las comunidades.

Comunicación y aprendizaje

Por último, la comunicación y el aprendizaje, constituyen otro de los puntos claves en la construcción de los vínculos entre profesional, comunidad y organizaciones sociales.

...cuando se trabaja participativamente, la clave es ir al territorio, saber esperar, saber cuándo actuar, y trascender la mera observación.

Considero un ejemplo pertinente la primera experiencia que desarrollé de manera sistemática con el grupo Tierra, hace más de 10 años, con la Corriente Clasista y Combativa (CCC) en la construcción de vivienda pública. Recién recibidos nos llamaron para que llevemos adelante la dirección técnica de 40 viviendas mediante una operatoria pública porque no querían un arquitecto tradicional. El primer conflicto no tardó en llegar. Cuando presentamos la certificación –bien realizada– el Instituto Provincial de la Vivienda, que no acostumbraba interactuar con técnicos “combativos” (como nos decían), planteó que la certificación está mal elaborada. Así provocó una suerte de odio salvaje hacia los técnicos, acusados de haber sido los responsables de la primera tardanza en ejecutar la obra, y por lo tanto, demora en el cobro de sueldos, continuidad de las tareas, etc. Los obreros nos decían: “Al final son muy militantes, pero de arquitectura no saben nada”.

Hubo que superar este conflicto. Como la certificación estaba bien, decidimos iniciar un proceso de comunicación y aprendizaje con la organización, y sobrellevar estoicamente la bronca de los obreros, quienes no tardaron en criticarnos abierta y duramente. Esto implicó la superación de fuertes obstáculos epistemofílicos que nos tentaban a abandonarlos

raudamente. Tuvimos que implementar talleres de capacitación en certificación para poder comunicarnos con una base de conocimiento común. Esto trajo aparejada una doble ganancia: por un lado, el reconocimiento del verdadero sujeto obstaculizador, poniendo el eje de la discordia en la propia institución pública que en realidad no tenía los fondos para el avance; y por otro lado, de aquí en adelante, la proyección del avance de obra y la certificación de manera conjunta con los obreros. A partir de este aprendizaje no pudieron quebrarnos más, habíamos empezado a consolidar nuestros vínculos.

Derribando algunos mitos

La comprensión y el ejercicio concreto en la construcción de los vínculos contribuyen a derribar algunos de los mitos típicos de la participación. En mi caso, cuando avanzaba con el proyecto de tesis, algunos miembros del jurado me decían: “...finalmente tendrás que aceptar que la participación no es posible”. Si hubiese interiorizado esa idea previa no habría podido investigar. Desde ese lugar, la participación es descartada abiertamente colocándola en el rincón de los sueños de juventud, de estudiantes idealistas que pronto conocerán la “verdadera realidad”, y serán “normales”, es decir, disciplinados al modelo dominante.

Otra de las frases recurrentes que aparece es: “La gente no participa: le das la oportunidad y no van, no les interesa”. Tendríamos que preguntarnos de cuáles procesos las personas no participan. Porque las personas no se mantienen estáticas en sus casas sin hacer nada. Alguna necesidad tienen, algún interés los convoca. Lo que sucede es que nosotros promovemos procesos para una sociedad que no existe en realidad, que está en nuestra mente configurada a partir de lo que nos han explicado que debería ser: los pobres son delincuentes, los movimientos sociales piden lo que no se puede, los campesinos son ignorantes... Todos estos prejuicios son superados en la práctica concreta.

Por lo tanto, tenemos que ir al encuentro de esa sociedad real, que no es la que nosotros tenemos prefigurada, y saber qué la mueve. Y en eso que la mueve, encontrar los objetivos comunes: ahí aflorará la tarea y habrá una oportunidad para que las personas participen.

Voy a repasar el factor disposición a partir de un caso. En una de las entrevistas al equipo técnico de PROMEBA, (Programa de Mejoramiento de Barrios), la trabajadora social sostuvo: “Hemos propuesto la limpieza de los espacios verdes, pero la gente participa poco”. Sinceramente, si a mí

	<p>me invitaran a participar de la limpieza de los espacios verdes, difícilmente me sentiría motivada. Una cosa es que existan tareas desagradables en el marco de un objetivo consensuado, y otra que la tarea desagradable sea el único espacio participativo que se abre. Entonces, ¿qué es la participación? ¿algo lateral o algo estructural? Y, ¿qué lectura tengo sobre la gente que no participa? La clave está en reconocer –de manera conjunta– cuáles son las necesidades principales, cuáles son los proyectos que podrían movilizar a las personas y permitirían motorizar y sostener un proceso participativo.</p> <p>Otro mito que circula comúnmente es: “Si dejamos que las personas participen, implica que debemos dejarlos hacer cualquier cosa. Incluso, tomar decisiones inapropiadas en nombre de la participación”. Y de manera reiterada surge el siguiente ejemplo: “Cuando se instalan en una zona inhabitable y se quieren quedar ahí, ¿vos qué hacés? ¿los dejás ahí?”. Entonces entra en juego uno de los elementos mencionados anteriormente: la construcción del vínculo. Si a lo largo del tiempo hemos construido vínculos en la comunidad, en el momento en el que surge la necesidad de evaluar el territorio y se plantean técnicamente condiciones de inhabitabilidad, no se ve como enemigo al técnico, se sabe que no priman en él</p>		<p>intereses exógenos sino, el objetivo compartido con el barrio. Y lo que ocurrirá previsiblemente es que las personas se irán de ahí. No mágicamente, no idílicamente. Son procesos complicados, pero la construcción del vínculo tiene que ver estrechamente con la des-idealización.</p> <p>Un último mito: “...no se pueden dejar de hacer viviendas de manera masiva, llave en mano, porque no existe la cantidad de profesionales, ni los medios para formarlos, capaces de acompañar tantos procesos de diseño familiar como los que requeriría un proceso participativo.” En primer lugar, se trata de un obstáculo netamente político, una decisión que afecta las políticas estructurales del país. De fondo, sostiene una dinámica competitiva entre profesionales por la obtención del trabajo privado, descartando el trabajo con sectores populares que, claramente, no le asegurará la supervivencia; mucho menos el “éxito profesional”. Un verdadero cambio de política conlleva decisiones estructurales en diferentes ámbitos de la vida cotidiana y la política. Pensar en masificar el servicio profesional a los sectores populares es impensable en nuestro contexto, pero sería viable si se acompaña de la apertura real de nuestras universidades, la dotación de salarios para profesionales en los barrios y la implementación de políticas</p>		<p>públicas que garanticen un circuito financiero por fuera de los intereses netamente empresariales.</p> <p><u>Ámbitos que propician la participación</u></p> <p>Asambleas y talleres</p> <p>Las Asambleas son el corazón de cualquier proceso de participación. Los técnicos por si solos no son capaces de generar procesos de participación popular, sino que acompañan experiencias iniciadas en el seno de la comunidad (salvo que el profesional sea miembro de la comunidad en cuestión). A los técnicos pueden convocarlos las organizaciones que acuden con alguna necesidad relativamente decodificada y, de esta manera, habilitan el primer encuentro, demandando nuestras herramientas de conocimiento para encauzar y potenciar el proceso, incorporando la parte que nos toca.</p> <p>Es en los ámbitos asamblearios donde se explicitan las necesidades principales y secundarias. Se socializa, se jerarquizan, se consensuan los pasos a seguir y, sólo después de eso, surgen los talleres de trabajo.</p> <p>Un serio inconveniente radica en que muchas de las políticas públicas bajan directamente con paquetes programados de talleres de trabajo como carpintería, costura, todos oficios</p>		53





importantes y necesarios; pero, de esta manera, estamos homogeneizando, incluso nacionalmente, barrios de costureras, carpinteros, encorsetando las capacidades de las personas a una expectativa laboral insostenible en el circuito laboral actual.

En ese contexto, uno puede preguntarse si en lugar de estas actividades pre-armadas podrían diseñarse talleres sobre aspectos que la comunidad priorice. En algunas asambleas se planteó, justamente, que el mismo tipo de vivienda no servía para todos. Entonces, los primeros talleres se orientaron al diseño de una cantidad de prototipos de viviendas ajustados a las necesidades de esa comunidad, de ese grupo. Así, los talleres nacieron de las necesidades planteadas y consensuadas en las asambleas.

Los relevamientos

Los relevamientos son otra oportunidad en la que es posible compartir tareas entre técnicos y comunidad. Es otro espacio aprovechable porque la comunidad socializa problemáticas comunes, las explicita, sistematiza, comprende con mayor profundidad su realidad mediante nuevas herramientas. Los vecinos adquieren parte de las herramientas de los técnicos y contribuye a construir vínculos más sólidos.

Asimismo, estos relevamientos permiten a los técnicos encontrar más rápido las respuestas que buscan y, a su vez, escuchar a personas que de otra manera podrían quedar relegadas en el silencio.

Generalmente, existe un grupo de representantes que es vital para agilizar las actividades, que debe afrontar una serie de riesgos que van desde la concentración de información, hasta la posibilidad de ser tentados por la patronal para recibir respuestas individuales y quebrantar al colectivo; es entonces que se vuelve ineludible la rotación de representantes; si bien, no todos al mismo tiempo, para que siempre haya alguien que estuvo en la fase anterior. Estas cuestiones a veces son desconocidas por las organizaciones jóvenes y nosotros podemos colaborar con este tipo de estrategias en apariencia meramente logísticas o técnicas, que pueden fragmentar el grupo si no se implementan.

Asambleas, talleres, relevamientos, representantes rotativos, garantizan la circulación de la palabra y el aprendizaje.

Las movilizaciones

Por último: las movilizaciones. En el contexto actual de los procesos de participación es una de las maneras en la que se

explicita un proceso de ruptura de relaciones asimétricas a mayor escala, de repolitización. Pone en evidencia las diferencias entre los intereses populares y las instituciones públicas, cuando las últimas no responden a las demandas sociales.

La temporalidad

Podemos distinguir dos niveles de temporalidad simultáneos: una microescala –caracterizada por una secuencia de fases– y una macroescala temporal.

En relación a las fases podemos preguntarnos ¿Es lo mismo si se llega al barrio con una idea de proyecto o un proyecto acabado, o si empiezo el proceso proyectual desde el inicio con los integrantes del barrio? No. Tampoco es lo mismo participar de las fases de la microescala temporal del proceso, que acompañar esto varias veces y, de esta forma, participar de la macroescala temporal de la organización. ¿Por qué afirmo esto? Porque existen grandes diferencias entre el proceso participativo en un barrio que recién se conforma, en una toma de tierra, con familias nuevas, o en un barrio que tiene más de 40 años de historia. También resulta distinto si carecen de organizaciones previas o si hay una organización que tiene 20 años de trabajo barrial, con un cúmulo de experiencias participativas en diferentes órdenes.

Todas estas y muchas otras variantes debemos tener en cuenta a la hora de encarar un proceso de trabajo de manera participativa. **En la microescala temporal es importante conocer cuándo empezó el proceso, qué lo motivó.** Hay muchas experiencias absolutamente legítimas iniciadas desde el Estado a partir de la decodificación de necesidades por parte de equipos técnicos calificados. Sin embargo, si uno quisiera garantizar los procesos de participación, una clave sería identificar aquellos que empiezan desde la propia comunidad, en la decodificación de la necesidad común, constituyéndose como la primera fase de una experiencia concreta.

El desarrollo del proceso de diseño, la toma de decisiones plenas sobre ese diseño desde la página en blanco y realizado de manera conjunta, forma parte de otra fase que uno desearía que suceda en la microescala procesual. Por último, se espera el cumplimiento de los objetivos, tangibles e intangibles, materialización y maduración colectiva de la tarea respectivamente. He asistido a variados procesos que buscaban ser participativos y empiezan con la última fase, cuando ya está

definido cómo va a ser la vivienda, cómo va a ser el barrio e igualmente, fue posible desarrollar un proceso de participación acotado a esta etapa, no pleno. Ahora, si pudiéramos elegir, si estuvieran en nuestras manos las políticas o lo que sí tenemos, la posibilidad de proponer estas políticas desde el barrio, la Universidad o el Colegio de Arquitectos ¿Qué demandaríamos concretamente? Podemos proponer mecanismos que profundicen la participación. Entonces, debemos luchar por acompañar los procesos desde su génesis.

Precisamente, refiriéndonos a esa la primera fase que es la génesis, comparto un relato de las mujeres del barrio en una toma de tierra, cuando contaban cómo empezó: “Ya lo veníamos discutiendo en el barrio, se estaba empezando a construir Lomas [que es un mega emprendimiento habitacional, de 5.500 viviendas, a la par de su barrio de más de 40 años, sin consolidar] ...Y no tenían en cuenta a la gente que vivía en el barrio; nos hemos avisado unos a otros y al rato ya éramos un montón; y ya había venido la policía, pero los teníamos nosotros encerrados a ellos, es

Lo que sucede es que nosotros promovemos procesos para una sociedad que no existe en realidad

la primera vez que yo siento el apoyo del barrio”.

Ese salto en apariencia pequeño, representa la transformación de la queja a la acción colectiva, constituye el avance cualitativo que genera condiciones inmejorables para la participación. Una participación que, en ningún caso y aún en las mejores condiciones, será idílica. En nuestro contexto social pensar en la ausencia de conflictos en el ejercicio participativo es idealista. **En estos procesos no es todo maravilloso, los vecinos levantan la mano y nadie se pelea. Todo lo contrario, ese es el desafío.**

Reflexiones finales

Para concluir, retomaré el planteo central de esta exposición: sin la construcción de vínculos no es posible tener condiciones de integración comunitaria que permitan una real participación. Aun cuando podamos trabajar sobre una necesidad que no es de toda la comunidad sino de un sector, si trabajamos sobre una necesidad compartida tendremos el primer paso hacia la integración comunitaria, porque ese aspecto común permitirá construir vínculos alrededor de una tarea consensuada.

En la medida en que vamos ejercitando procesos participativos contribuimos a la integración comunitaria y a la construcción de vínculos con otras lógicas a las dominantes. Es por eso que es

necesario superar la exclusiva adquisición de técnicas de facilitación, al estilo de “...bueno, yo voy a desarrollar un proceso participativo, voy y hago el árbol de problemas; el FODA; hago el juego de la pelota, cómo te llamas vos, y vos...”. Hay libros sobre participación que ponen las tintas en el aspecto lúdico con la comunidad y cómo llevarlos adelante, y esto es válido como recurso complementario. Sin embargo, comprender el corazón de la cuestión es lo principal. Así como resolver problemas del orden social y superar conflictos que a veces parecen irresolubles y conllevan a momentos sumamente dolorosos (para nosotros incluidos). Podemos preguntarnos: **¿Qué herramientas tenemos para comprender y revertir los procesos de producción del hábitat unidireccionados, instalando en su lugar lógicas participativas?** La respuesta está en la praxis, no sólo en los libros o las prácticas aisladas. Sólo en su potente combinación encontraremos respuestas acertadas. Es, en ese momento, en el que se explicitarán los intereses en juego, y es muy difícil dejar de posicionarse, obligando a interpelar al sujeto-técnico en vías de un sujeto-político consciente.

Si definimos una posición transformadora, resultará ineludible construir una relación diferente con los movimientos sociales. Hay muchos mecanismos para luchar contra la desigualdad, ámbitos y estrategias de las más variadas. Desde la óptica que planteo, la

articulación y construcción de vínculos entre los profesionales y el campo popular resulta clave. Implica trascender lo meramente instrumental y superar la tensión y disociación entre el campo académico y militante.

Cuando un profesional se plantea desarrollar procesos sociales de estas características se aleja del perfil de profesional “exitoso” dominante. Ha optado –para el mercado capitalista– por hacer “arquitectura de segunda”. En mi caso, pasa con el perfil de científico, ya que no sólo descartamos la probeta como única fuente de conocimiento, lo cual conlleva un profundo cambio epistemológico; sino que se debe afrontar el rechazo de la lógica de la investigación aceptada, acusados de estar haciendo militancia. Por eso, la tarea también en este ámbito es sumamente complicada, rescatando rigurosamente aquellas herramientas tradicionales que garantizan un buen proceso de producción de conocimiento, e incorporando cuidadosamente lo nuevo. Requiere superar temores, adaptarse activamente a la realidad dada, creativa y responsablemente, para hacer las dos cosas sin dejar de hacer lo más importante, que es conocer para transformar.

Por último, me parece ilustrativa una frase de Horacio Berreta de abandono del perfil de profesional exitoso y que, al mismo tiempo, genera otros debates:

“En la forma en la que se plantea el problema habitacional en nuestros países, lo que no deja dudas es que en este trabajo hacen falta arquitectos, la discusión sobre si el producto es o no arquitectura puede quedar para momentos más distendidos, mientras se sigue trabajando”.

Esa es la realidad que nos convoca a poner todas nuestras herramientas de diseño a disposición de la mejor arquitectura posible. Una arquitectura donde lo intangible también cuenta, donde el proceso tiene un papel crucial. Si yo tengo el barrio terminado, las calles pavimentadas, el espacio público arbolado, las casas construidas, y la comunidad termina fragmentada, las organizaciones desmanteladas, entonces ese proceso ha fracasado. Esa es mala arquitectura. Y, por más “bello” y ordenado que parezca lo construido, estará vacío, no perdurará. Lo único que trascenderá es la base social alienada que sostiene el mundo que, precisamente, queremos cambiar.